

¡Ah
Maldito!
Todo
Lo pagarás
Con la
Misma
Moneda

Efraín Huerta

**A cincuenta años del ataque
al Palacio de la Moneda**



SALVADOR ALLENDE

Eduardo Galeano

Le gusta la buena vida. Varias veces ha dicho que no tiene pasta de apóstol ni condiciones para mártir. Pero también ha dicho que vale la pena morir por todo aquello sin lo cual no vale la pena vivir.

Los generales alzados le exigen la renuncia. Le ofrecen un avión para que se vaya de Chile. Le advierten que el palacio presidencial será bombardeado por tierra y aire. Junto a un puñado de hombres, Salvador Allende escucha las noticias. Los militares se han apoderado de todo el país. Allende se pone un casco y prepara su fusil. Resuena el estruendo de las primeras bombas. El presidente habla por radio, por última vez: —Yo no voy a renunciar...

Último discurso del Presidente Allende

(11 de septiembre de 1973)

A las 10:15, a través de Radio Magallanes (la única pro-gubernamental aún no silenciada), Allende emite su último mensaje a la Nación:

«Quizás sea ésta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: Soldados de Chile, comandantes en jefe y titulares... ..el almirante Merino... más el señor Mendoza, general rastreo que sólo ayer manifestara su solidaridad y lealtad al gobierno, también se ha denominado director general de Carabineros.

“Ante estos hechos sólo me cabe decirle a los trabajadores: Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

¡Trabajadores de mi Patria!: Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, espero que aprovechen la lección.

El capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición: la que les señaló Schneider y que reafirmara el Comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios...

Me dirijo a los profesionales de la Patria, a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clases para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

...Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, la seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. ¡Trabajadores de mi Patria!: Tengo fe en Chile y en su destino.



Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán de nuevo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile!, ¡Viva el pueblo!, ¡Vivan los trabajadores!

Éstas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.»

El poeta escribe de la muerte

Pablo Neruda*

Mi pueblo ha sido el más traicionado de este tiempo. De los desiertos del salitre, de las minas submarinas del carbón, de las alturas terribles donde yace el cobre y lo extraen con trabajos inhumanos las manos de mi pueblo, surgió un movimiento liberador de magnitud grandiosa. Ese movimiento llevó a la presidencia de Chile a un hombre llamado Salvador Allende, para que realizara reformas y medidas de justicia inaplazables, para que rescatara nuestras riquezas nacionales de las garras extranjeras.

Donde estuvo, en los países más lejanos, los pueblos admiraron al presidente Allende y elogiaron el extraordinario pluralismo de nuestro gobierno. Jamás en la historia de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, se escuchó una ovación como la que le brindaron al presidente de Chile los delegados de todo el mundo.

Aquí en Chile se estaba construyendo, entre inmensas dificultades, una sociedad verdaderamente justa, elevada sobre la base de nuestra soberanía, de nuestro orgullo nacional, del heroísmo de los mejores habitantes de Chile. De nuestro lado, del lado de la revolución chilena, estaban la Constitución y la ley, la democracia y la esperanza.

Del otro lado no faltaba nada. Tenían arlequines y polichinelas, payasos a granel, terroristas de pistola y cadena, monjes falsos y militares degradados. Unos u otros daban vueltas en el carrusel del despecho. Iban tomados de la mano el fascista Jampa con sus sobrinos de Patria y Libertad, dispuestos a romperles la cabeza y el alma a cuanto existe, con tal de recuperar la gran hacienda que ellos llamaban Chile.

Junto con ellos, para amenizar la farándula, danzaba un gran banquero y bailarín, algo manchado de sangre; era el campeón de rumba González Videla, que rumbeando entregó hace tiempo su partido a los enemigos del pueblo. Ahora era Frei quien ofrecía su partido demócrata-cristiano a los mismos enemigos del pueblo, y bailaba además con el excoronel Viaux, de cuya fechoría fue cómplice.

Estos eran los principales artistas de la comedia. Tenían preparados los viveros del acaparamiento, los miguelitos, los garrotes y las mismas balas que ayer hirieron de muerte a nuestro pueblo en Iquique, en Ranquil, en Salvador, en Puerto Montt, en la Jose María Caro, en Frutillar, en Puente Alto y en tantos otros lugares. Los asesinos de Hernán Mery bailaban con naturalidad santurrónamente. Se sentían ofendidos de que les reprocharan esos pequeños detalles.

Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia.

Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empequeñecido por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras.

Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligarquía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron jauría. Las compañías inglesas en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares.

En ambos casos las casas de los presidentes fueron desvalijadas por órdenes de nuestros distinguidos aristócratas. Los salones de Balmaceda fueron destruidos a hachazos. La casa de Allende, gracias al progreso del mundo, fue bombardeada desde el aire por nuestros heroicos aviadores.

Sin embargo, estos dos hombres fueron muy diferentes. Balmaceda fue un orador cautivante. Tenía una complexión imperiosa que lo acercaba más al mando unipersonal. Estaba seguro de la elevación de sus propósitos. En todo instante se vio rodeado de enemigos. Su superioridad sobre el medio en que vivía era tan grande, y tan grande su soledad, que concluyó por re-concentrarse en sí mismo.

El pueblo que debía ayudarlo no existía como fuerza, es decir, no estaba organizado. Aquel presidente estaba condenado a conducirse como iluminado, como un soñador: un sueño de grandeza se quedó en sueño. Después de su asesinato, los rapaces mercaderes extranjeros y los parlamentarios criollos entraron en posesión del salitre: para los extranjeros, la propiedad y las concesiones; para los criollos las coimas.

Recibidos los treinta dineros todo volvió a su normalidad. La sangre de unos cuantos miles de hombres del pueblo se secó pronto en los campos de batalla. Los obreros más explotados del mundo, los de las regiones del norte de Chile, no cesaron de producir inmensas cantidades de libras esterlinas para la City de Londres.

Allende nunca fue un gran orador. Y como estadista era un gobernante que consultaba todas sus medidas. Fue el antidictador,



el demócrata principista hasta en los menores detalles. Le tocó un país que ya no era el pueblo bisoño de Balmaceda; encontró una clase obrera poderosa que sabía de qué se trataba.

Allende era dirigente colectivo; un hombre que, sin salir de las clases populares, era un producto de la lucha de esas clases contra el estancamiento y la corrupción de sus explotadores. Por tales causas y razones, la obra de que realizó en tan corto tiempo es superior a la de Balmaceda; más aún, es la más importante en la historia de Chile. Sólo la nacionalización del cobre fue una empresa titánica, y muchos objetivos más se cumplieron bajo su gobierno de esencia colectiva.

Las obras y los hechos de Allende, de imborrable valor nacional, enfurecieron a los enemigos de nuestra liberación. El simbolismo trágico de esta crisis se revela en el bombardeo del Palacio de Gobierno; uno evoca la Blitz Krieg de la aviación nazi contra indefensas ciudades extranjeras, españolas, inglesas, rusas; ahora sucedía el mismo crimen en Chile; pilotos chilenos atacaban en picada el palacio que durante siglos fue el centro de la vida civil del país.

Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a sólo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte de mi gran compañero el presidente Allende. Su asesinato se mantuvo en silencio; fue enterrado secretamente; sólo a su viuda le fue permitido acompañar aquel inmortal cadáver. La versión de los agresores es que hallaron su cuerpo inerte, con muestras de visible suicidio.

La versión que ha sido publicada en el extranjero es diferente. A renglón seguido del bombardeo aéreo entraron en acción los tanques, muchos tanques, a luchar intrépidamente contra un solo hombre: el Presidente de la República de Chile, Salvador Allende, que los esperaba en su gabinete, sin más compañía que su corazón, envuelto en humo y llamas.

Tenían que aprovechar una ocasión tan bella. Había que ametrallarlo porque nunca renunciaría a su cargo. Aquel cuerpo fue enterrado secretamente en un sitio cualquiera, aquel cadáver que marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo, aquella gloriosa figura muerta iba acribillada y despedazada por las balas de las metralletas de los soldados de Chile, que otra vez habían traicionado a Chile.

*Allende, un texto incluido en las memorias del poeta chileno Pablo Neruda, en la compilación *Confieso que he vivido*. Chile, 14 de septiembre de 1973.



CUATRO POSTALES SOBRE SALVADOR ALLENDE*

Jorge Boccanera

Generaciones anteriores a la mía fueron impactadas por diversos acontecimientos sociales en América Latina, como la primavera democrática de Guatemala que se extendió casi por 10 años hasta el golpe que le arrebató el poder a Jacobo Árbenz en 1954, y por supuesto la gesta revolucionaria de Cuba a finales de esa década.

Ya en 1970, el fervor político de los jóvenes pasaba por Argentina y Chile; festejábamos en las calles la llegada al poder de una fuerza de coalición, la Unidad Popular, que alzaba la voz al otro lado de la cordillera para devolverle la dignidad al pueblo; cantábamos canciones de Inti-Illimani, Víctor Jara, Los Jaivas, Quilapayún.

Fue un 4 de setiembre de hace 50 años que Salvador Allende proclamó su victoria en las elecciones a la presidencia, con un discurso desde la Federación de Estudiantes en el que resonaban con fuerza la palabra “revolución”. Entre las prioridades de su programa estaban nacionalizar la banca, el cobre y el salitre, más un proyecto de reforma agraria.

De este lado, nos alentaba un aplastante caudal de votos que desde las urnas desalojaron al partido militar del poder y llevaban al peronismo al gobierno. En el acto de asunción de Héctor Cámpora a la primera magistratura en mayo de 1973, la presencia de Salvador Allende, insuflaba de anhelo una palabra que pasaba de mano en mano, “compañero”, como horizonte de justicia social con un programa de “hondo sentido humanista”. Mucha gente fue a vivir al presidente de Chile a su llegada al aeropuerto y luego escuchó hablar en la embajada de su país a ese orador que improvisaba sobre la marcha y dejaba un tono vibrante en cada frase.

Pronto vimos con tristeza cómo su gobierno era aquejado por una red de sabotajes en los planos político, económico y aún militar, comenzando con el asesinato en los mismos días de traspaso de gobierno del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas René Schneider. Tras bambalinas, se movía la figura siniestra del entonces secretario de estado norteamericano Henry Kissinger.



II

Yo tenía en imprenta mi primer libro con poemas alusivos y rondaba la redacción de *Crisis* con la idea de estrenarme en el periodismo; no imaginaba que tiempo después iba a pasar a formar parte de la redacción. Esa revista dirigida por Eduardo Galeano dedicó muchas de sus páginas a Chile desde su primer número aparecido justamente de mayo de 1973 con un texto inédito de Neruda, al que seguiría poco después su *Elegía para cantar* dedicado a Violeta Parra. Consumado el golpe militar, *Crisis* dio amplia cobertura a la situación chilena informando —incluso con una gran nota de Gabriel García Márquez sobre la asonada castrense— a través de algunas voces “anónimas” de quienes luego integrarían la resistencia. Para el número de octubre de 1973, ya consumado el golpe, *Crisis* publicó, junto a testimonios populares recabados desde el mismo suelo chileno, una entrevista telefónica a Hortensia Bussi, viuda de Allende, que afirmaba que el presidente: “murió combatiendo. Murió luchando”.

A “Tencha”, como le decían, me la presentó Poli Délano en un departamento del Distrito Federal de México; recuerdo su sobriedad, su entereza. Yo me había exiliado allí a fin de 1976 y constustanciado con la suma de destierros que albergaba el generoso pueblo mexicano; desde republicanos españoles a centro y sudamericanos. Trabé amistad con muchos chilenos, entre ellos Délano, amigo para siempre, Miguel Littín, Jaime Valdivieso y, entre otros, Aníbal Quijada, que con su libro *Cerco de púas* daba un vibrante testimonio de su detención y confinamiento en la isla de Dawson.

Acercó esta referencia personal solamente a los fines de manifestar mi afecto por el país hermano, que me llevó en el exilio a participar en actos de repudio y denuncia al régimen militar, y a estar presente en Santiago en 1988 en el festival solidario y multitudinario *Chile Crea*, que puso en evidencia una sociedad viva y luchadora. La misma que apenas unos meses después, en un plebiscito, estamparía un rotundo “no” sobre el rostro manchado de sangre de los “momios”.

III

Una persona lúcida, honesta, íntegra, de convicciones firmes. Esa es la imagen que brinda a la posteridad Salvador Allende y que está presente en cada una de las banderas de reclamo y justicia que vuelven una y otra vez a desplegarse en las calles chilenas. Siempre me llamó la atención ese apellido, “Allende”, un término que empuja la vista a nuevos horizontes; pero más su nombre, “Salvador”, que va abrochado a su profesión de médico cirujano. Hoy más que nunca, cuando nuestros países tratan de defenderse de la pandemia del coronavirus con la precariedad de una salud pública diezmada por la ceguera de las políticas neoliberales, resaltan los numerosos emprendimientos del doctor Allende, quien durante su extensa carrera política, sea como gremialista, diputado, senador, ministro de salubridad o presidente, impulsó las leyes más importantes de la salud pública chilena, medidas cuya mención exceden esta breve nota, aunque podrían señalarse algunos hitos como la Ley de Medicina Preventiva, la creación del Sistema Nacional de Salud, su bregar por el surgimiento del Colegio Médico de Chile, sin olvidar que, en 1939, ese joven facultativo se adelantó a plantear un abordaje a fondo del tema con su libro *La realidad médico social chilena*.

Allende viajó en 1959 a Cuba donde mantuvo reuniones con Fidel Castro; encuentro que según algunos analistas lo marcaría definitivamente en su camino revolucionario. Además, en esa misma ocasión el médico chileno estrechó la mano de un médico argentino; Ernesto Guevara. Imagino a la distancia un diálogo entre ambos, cada cual proponiendo caminos hacia el socialismo con diferentes enfoques, pero cercanos en la inmensa tarea de crear conciencia, despertar, abrir los ojos. La frase suena a paradoja al recrear imágenes recientes de los carabineros disparando a los ojos de los manifestantes.



El presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa (a la derecha), acompañado por otros dirigentes de esa organización, abandona el terreno de la Universidad Técnica del Estado, protagonista de la agresión de carabineros de la Unidad Popular de esta zona de estudio. Entre ellos se encuentran: Sergio Onofre Jarpa, presidente del Partido Nacional y sus candidatos a senadores de dicha universidad por Santiago, por considerar la presencia de estos últimos en la UTE como “una provocación”.



Algunos manifestantes de la UTE se preparan de la agresión de los carabineros de la Unidad Popular de esta zona de estudio, que impidió con esta ocasión de los profesores del Partido Nacional. Una actividad similar había sido abogada por la UP en la zona de estudio de la Universidad de Chile, hace días. Las víctimas fueron, en gran oportunidad, acompañadas de la Juventud Democrática y el Frente Universitario.



Sergio Onofre Jarpa, protegido por miembros de la Juventud Democrática, abandona el terreno de la Escuela de Artes y Oficios, de la Universidad Técnica del Estado. Algunos de sus acompañantes se protegen de las piedras lanzadas por carabineros de la UP en su contra.



IV

Neruda y Allende fueron candidatos a la presidencia de Chile. La larga amistad entre ambos, a ratos con diferentes puntos de vista —el primero era miembro del Partido Comunista y Allende por su parte uno de los líderes del Partido Socialista— ha quedado documentada en libros, testimonios y cartas. Ya en 1958, el poeta llamaba a apoyar al médico socialista con palabras cargadas de efusividad: “Con Salvador Allende está lo bueno del pasado, lo mejor del presente y todo el futuro”. (1) Si varios son los momentos sustanciales de sus vidas, 1971 será un año especial con el Premio Nobel a Neruda y el gobierno de Allende nacionalizando el cobre.

Las lecturas del “Chicho” (apodo que viene de “chichito” y éste de “salvadorcito”), abarcaban el psicoanálisis, la novela policial, algo de poesía y los libros de ciencia ficción, de Erich Fromm e Isaac Asimov, pasando por el autor de *Canto General*. En una alocución del año citado, en referencia al galardón internacional, Allende elogia a Neruda destacando su “prodigiosa imaginación” que “alcanza todos los aspectos de la vida del hombre”, agregando que: “por la poesía de Neruda pasa Chile entero”.

Sin dudas, una característica que destaca en la poesía chilena del siglo XX a la actualidad, es que está atravesada en mucho

por el devenir social —incluido el exilio— sin menoscabo de su calidad, ni trancos demorados por vanas dicotomías entre una supuesta poesía hermética y otra de mensaje.

Comenzando con Gabriela Mistral, defensora de los humildes, fundadora de escuelas para mujeres trabajadoras que pudo palpar en Magallanes, donde se desempeñó como maestra rural, la ferocidad de gobiernos antipopulares. Enterada de la brutal represión en Puerto Natales de 1919, conoció un año después la matanza de obreros en Punta Arenas a cargo del ejército. Algunos de estos hechos motivarían seguramente muchos de sus versos dedicados a los prisioneros y que caben en una línea suya de advertencia: “¡Ay de los que no escucharon/ el sonar de las cadenas”.

Muchos años después, un Neruda convaleciente, enterado del bombardeo a La Moneda y la muerte del presidente a manos de los militares, señaló sin ambages: “Allende fue asesinado por haber nacionalizado la riqueza del suelo chileno”. En sus versos había manifestado ya su mensaje de su convicción en el camino de lo fraterno, lo solidario. Escribió: “Creo/ que nos juntaremos en la altura,/ Creo/ que bajo la tierra nada nos espera,/ pero sobre la tierra/ vamos juntos./ Nuestra unidad está sobre la tierra”.

1-Pablo Neruda y Salvador Allende. *Una amistad, una historia* del escritor chileno Abraham Quezada Vergara (RIL editores, Santiago, 2014).

*Este ensayo apareció en la revista Araucaria N°49, Santiago de Chile, 2020.



Foto: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, CC BY 3.0 cl, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=16443865>

El compañero presidente y el compañero poeta

Rocío Montes

Son probablemente dos de los personajes chilenos de mayor relevancia en el siglo XX: el expresidente socialista Salvador Allende y el Nobel Pablo Neruda, militante comunista. Nacidos con cuatro años de diferencia —el escritor en 1904 y el mandatario, en 1908— ambos fueron comprometidos hombres de izquierda, que cultivaron por décadas una relación poco explorada, que solo terminó con sus respectivas muertes: la de Allende el mismo día del Golpe de Estado de 1973 y la de Neruda, 12 días después en una clínica de Santiago. El ensayo Pablo Neruda y Salvador Allende. *Una amistad, una historia* (Editorial RIL), que será publicado la próxima semana en Santiago de Chile, es la primera investigación en 41 años sobre la relación entre dos personajes que ya en 1939 se habían conocido.

“¿Cómo dos hombres de la misma generación, de orígenes sociales distintos —Allende de la pequeña burguesía y Neruda de clase media baja—, llegaron a defender con tanta fuerza una misma ideología política en los años 70?”, es la pregunta central que intenta responder el autor, el historiador chileno Abraham Quezada.

El texto está lleno de detalles exquisitos y en uno de sus capí-

tulos presenta 15 cartas que intercambiaron entre 1969 y 1973, la mayoría inéditas. Como la que escribió Neruda en septiembre de 1970, cuando Allende ganó las elecciones presidenciales en su cuarto intento, que dan cuenta de un nivel de cercanía total. “Querido Salvador: no he ido a felicitarte porque he estado felicitándome. Supongo que desbaratamos la conspiración. Esto prueba que hay que pegarles fuertes. Ya vendrá el momento”, escribió el poeta desde su casa de Isla Negra, a unos cien kilómetros de Santiago, con su tradicional lapicera de tinta verde. En esa carta el escritor le comenta al presidente electo algunos detalles sobre la ceremonia de toma de posesión: “...Deberíamos invitar a algunos intelectuales extranjeros al cambio de mando. Para esto me gustaría conversar contigo, someterte una lista probable. Pero habría que hacer invitaciones desde ahora o mandar alguien. Yo puedo invitar por telegrama”. Neruda también aprovechaba para animar a Allende a celebrar juntos las fiestas patrias chilenas: “El 18 comeremos un ciervo que preparará Matilde. Si vienes con Tencha sería espléndido para celebrar un triunfo a pleno ciervo. Abrazos entre los abrazos, Pablo”.

Quezada se ha especializado durante décadas en el estudio de la figura de Neruda y, sobre todo, en su dimensión epistolar: “Es la forma más pura de la autobiografía”, asegura. Doctor en Relaciones Internacionales y diplomático de carrera, ha escrito ocho libros sobre el Nobel y relata que la relación que cultivó con Allende era de franca amistad y complicidad política: “Con las cartas queda en evidencia la cercanía entre ambos, no solo por los reconocimientos, saludos y visitas, sino también porque están atentos a aspectos privados del otro, como las fechas de cumpleaños y las de sus respectivas cónyuges. Se esmeran por conocer los estados de salud, intercambian opiniones, se aconsejan”. Tenían muchas cosas en común, como “un profundo interés social, el gusto por la comida y el coleccionismo —Neruda de objetos y Allende de ropa—, la costumbre de dormir siesta. Pese a no ser agraciados físicamente, los dos también eran seductores y hombres de muchas mujeres”.

El presidente y el escritor, sin embargo, también tuvieron importantes divergencias. La más relevante se produjo cuando Neruda era el embajador del Gobierno de la Unidad Popular en Francia y pidió que su amigo, el escritor Jorge Edwards, fuera trasladado a París para colaborar con él. Pero Edwards había sido expulsado recientemente de Cuba, donde cumplía labores diplomáticas, y Fidel Castro le pedía a Allende expulsarlo del servicio exterior. Quezada relata que ante la negativa del presidente para trasladarlo, Neruda amenazó con su renuncia. El socialista finalmente cedió: “Fue la única vez que el poeta le torció la mano al mandatario”. En cualquier caso, los conflictos no dañaron esta amistad, que tuvo como elemento clave la simpatía que la esposa de Neruda le tenía a la de Allende, Hortensia Bussi: “No era fácil incorporarse al círculo íntimo nerudiano en ese momento, si no se contaba con la aprobación de Matilde”, señala el autor.

Para escribir el libro, Quezada buscó documentos en diferentes lugares del mundo. El historiador señala que la carta fechada en septiembre de 1970 se encontraba entre los documentos que una de las hijas del presidente, Tati Allende, alcanzó a salvar después del Golpe y guardó durante su exilio en La Habana, antes de quitarse la vida en 1977. El Gobierno cubano los conservó durante décadas y entre 2008 y 2009 regresaron a Chile, a la Fundación Allende. Desde entonces, relata Quezada, nunca habían salido a la luz pública.

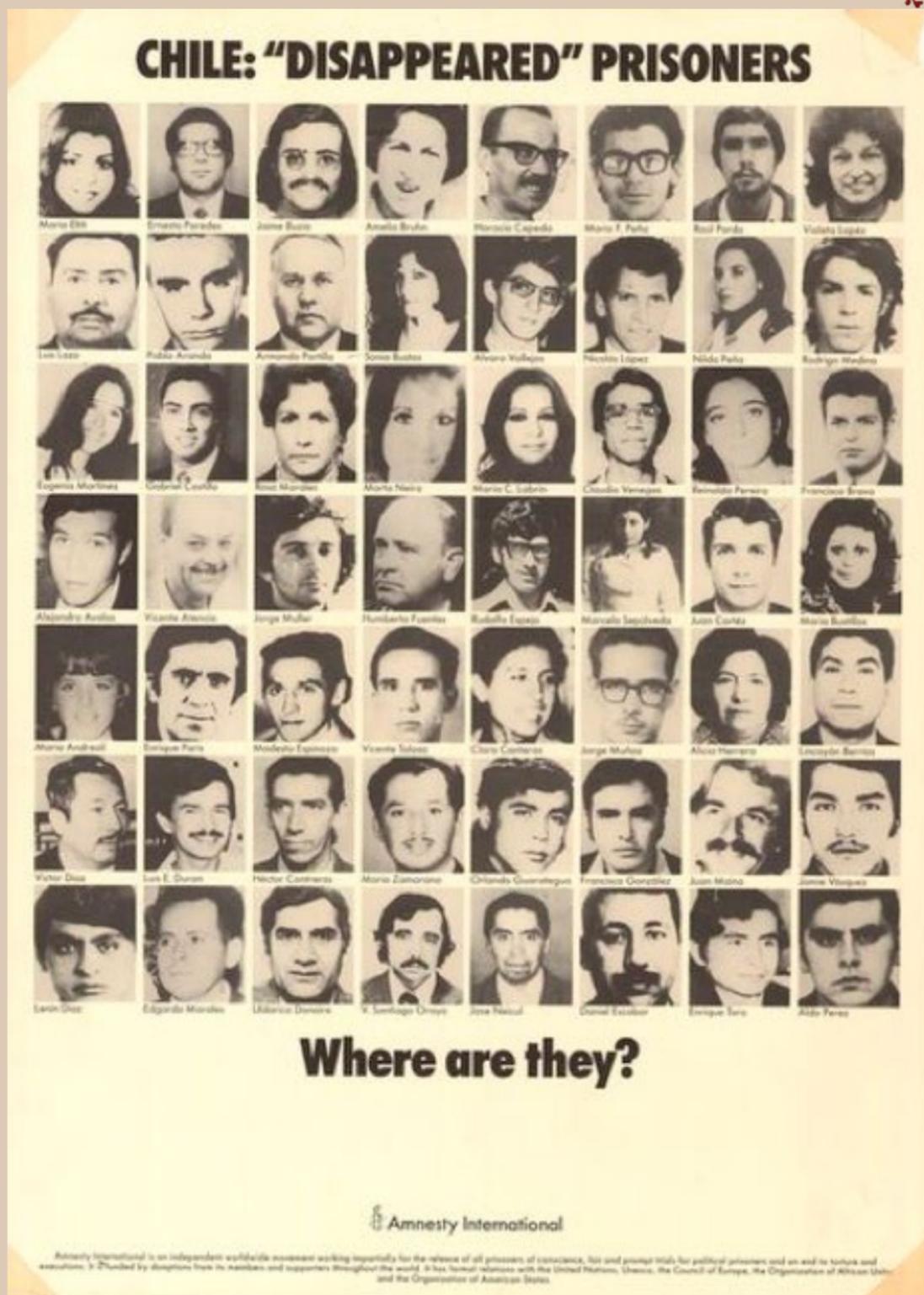


Foto: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, CC BY-SA 3.0 cl, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=25859608>

En el mismo paquete de cartas salvadas se encontraba otra que fue escrita por Neruda como embajador en Francia, cargo que asumió a comienzos de 1971. En esa misiva el escritor informaba al presidente de una oficina comercial ligada a las anteriores autoridades demócratas que, según creía Neruda, podría haber encubierto una caja electoral. “Es altamente irregular y debe ser saneada”, señalaba el Nobel. El escrito refleja un hecho poco común en el servicio exterior: que un embajador le escribiera directamente al mandatario, saltándose toda la línea de mando de la Cancillería. Neruda remataba señalando que “esta carta es confidencial y para el uso personal del compañero presidente”. “Van dos anexos importantes. Un gran abrazo para la Tencha y para ti mis deseos mejores. No podríamos tener mejor Presidente. Pablo Neruda”. El investigador señala que “el poeta solía terminar sus misivas estimulándolo políticamente”.

Existe una misiva importante, según el investigador, que Neruda escribió el 3 de noviembre de 1972 y en la que le expone las gestiones efectuadas respecto del embargo de cobre y el papel de la justicia francesa. “El objetivo de esta carta es advertir de alguna manera lo peligroso de una actitud cerradamente optimista ante las dificultades que aquí estamos viendo y palpando cada día”, señala Neruda en un franco consejo político hacia el presidente.

Pero el libro también contempla cartas del jefe de Estado hacia el poeta. Según Quezada, “la redacción y estilo epistolar de Allende es, en general, de frases breves, pero emotivos”. “Cuando escribe a mano, lo hace con una letra enmarañada, de difícil lectura, propia de un médico, quedando la impresión que escribía como hablaba”. En junio de 1972, por ejemplo, el jefe del Estado le escribe una carta que da cuenta de la preocupación del entorno político por el delicado estado de salud que aqueja a Neruda, radicado en París, con un cáncer de próstata. “Pienso sería bueno para ustedes Isla Negra —el calor del pueblo, el Partido, el terruño— y los amigos de siempre”, le aconsejó Allende en esta carta escrita de puño y letra.

Neruda finalmente regresó a Chile en noviembre de 1972. La última vez que se vieron antes del Golpe de Estado fue en julio del año siguiente, para el 69° cumpleaños del poeta, su último aniversario. En esa ocasión, el presidente le regaló una fotografía en la que aparecen juntos, que dedicó con un bolígrafo de tinta verde, similar a la que usaba el poeta: “Para Matilde y Pablo con el cariño y afecto del compañero presidente”. Dos meses después, los dos estaban muertos. Ninguno llegó a ser testigo del destino oscuro de Chile en los siguientes 17 años.

(Publicado en *El País* el 14 de diciembre de 2014).



Como homenaje de respeto y cariño al pueblo chileno por todo lo que tuvo que sufrir en los largos años de la dictadura del genocida Pinochet, un poema de Pablo Neruda:

La mamadre

Pablo Neruda

La mamadre viene por ahí,
con zuecos de madera. Anoche
sopló el viento del polo, se rompieron
los tejados, se cayeron
los muros y los puentes,
aulló la noche entera con sus pumas,
y ahora, en la mañana
de sol helado, llega
mi mamadre, doña
Trinidad Marverde,
dulce como la tímida frescura
del sol en las regiones tempestuosas,
lamparita
menuda y apagándose,
encendiéndose
para que todos vean el camino.
Oh dulce mamadre
-nunca pude
decir madrastra-,
ahora
mi boca tiembla para definirte,
porque apenas
abrí el entendimiento
vi la bondad vestida de pobre trapo oscuro,
la santidad más útil:
la del agua y la harina,
y eso fuiste: la vida te hizo pan
y allí te consumimos,
invierno largo a invierno desolado
con las goteras dentro
de la casa
y tu humildad ubicua
desgranando
el áspero
cereal de la pobreza
como si hubieras ido
repartiendo
un río de diamantes.
Ay mamá, cómo pude
vivir sin recordarte
cada minuto mío?
No es posible. Yo llevo
tu Marverde en mi sangre,
el apellido
del pan que se reparte,
de aquellas
dulces manos
que cortaron del saco de la harina
los calzoncillos de mi infancia,
de la que cocinó, planchó, lavó,
sembró, calmó la fiebre,
y cuando todo estuvo hecho,
y ya podía
yo sostenerme con los pies seguros,
se fue, cumplida, oscura,
al pequeño ataúd
donde por vez primera estuvo ociosa
bajo la dura lluvia de Temuco.

Dos poemas de Jorge Boccanera

DESAPARECIDO

I

Hablan y hablan de aquellos
todo el tiempo.
Sigue de boca en boca la palabra
deshecha.
Hablan y hablan de aquellos porque saben
si callan
que ese silencio sangra.

II

Yo no soy y soy ninguna parte.
Yo no puedo y lo que puedo es nada.
Yo no estoy.
Apenas una sílaba pero en verdad más nada.
Un tiempo ayer, ceniza,
viento por todas partes. No entro ni salgo, yo
no digo buenasnoches, no beso, no utilizo sombrero
Porque jamás y soy ninguna parte.
Se terminó –dijo la vida de un portazo- y yo
no vuelvo.
Y cuando vuelvo quedo a mitad del
camino.
No puedo. Y si pudiera es casi o menos que eso.
Apenas una fecha en el papel ajado de tus labios.
Allá van las barajas de mano en mano y estos
dados de sangre rodando a la deriva.
Yo sueño si me sueñan.
Pero a veces escucho. Hay una voz,
me sabe de memoria.

Jorge Boccanera (Argentina, 1952). Vivió exiliado en México desde 1976 a inicios de 1983, a causa de la Dictadura Militar en su país. Publicó 12 libros de poesía, algunos de ellos traducidos al italiano, francés y griego. En 2021 salió su antología *Tráfico / Estiba*, que reúne su producción entre 1974 y 2015. En 2023 ha sido reconocido por la Secretaría de Derechos Humanos y el Ministerio de Cultura de la Argentina, con el lauro *Eduardo Pavlovsky*, por promover los derechos humanos y la construcción de memoria a través de la cultura.

Foto: Richard Espinoza. - Own work, CC BY-SA 3.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=3466532>

